
LA TRANSICIÓN DE LOS PROCESOS DE SOCIALIZACIÓN

Yolanda Puyana V.
Profesora
Departamento de Trabajo Social
Universidad Nacional

“Los individuos internalizan lo que va a moldear su función social por el resto de su vida, proporcionándole una tendencia a reproducir dicha realidad, cuando realiza esa función socializadora.”

Alfred Lorenzer.

EL PROCESO DE SOCIALIZACIÓN

El individuo es devenir, se construye en la sociedad y ese proceso de formación para vivir en ella se denomina socialización. Comprende el conjunto de estructuras de interacción que se producen en el encuentro del niño con la sociedad, hasta los nuevos conocimientos que internaliza el hombre durante el transcurso de su vida al hallarse con las instituciones sociales. La socialización es un proceso continuo con el cual el hombre aprende a adaptarse a la cotidianidad, presupone la existencia de un orden histórico establecido por otros hombres, transmitido de generación en generación, implica procesos de construcción de la identidad, de adquisición del lenguaje y de integración con la cultura.

La construcción de la identidad se inicia desde antes del nacimiento, mientras el neonato se encuentra en el vientre materno recibiendo un sentimiento de afecto o rechazo, de placer o displacer, de acuerdo con el proyecto de vida que los padres tienen acerca de él. Cuando nace el niño se permanece en una relación simbiótica con la madre, forma un solo ser, es parte de ella, uno y otro satisfacen necesidades mutuas, el niño vive la primera experiencia afectiva, el amor a la diada, el narcisismo primario. La primera relación diádica o el objeto relacional primario como la denomina Lorenzer, produce una regulación pulsional que va a ser el fundamento del conocimiento y de la adquisición del lenguaje. En efecto, se produce una alternancia de placer y displacer, una satisfacción acompañada de una frustración, una demanda permanente del niño por el alimento y por el placer derivado de dicha satisfacción. Se inicia un proceso de regulación pulsional que va convirtiéndose en el punto de partida de las relaciones objetales; en la medida que el niño se diferencia de la madre, va reconociéndose así mismo como objeto distinto al ser amado, como alguien que está solo. Ese primer momento se llama de identidad primaria.

"Comienza a ser ese esbozo inicial de reconocimiento de sí mismo en una imagen, en el espejo, en un nombre, en algo que es objeto del otro y sino es objeto del otro no se reconoce nunca."

(Zuleta, 1985, 58)

El lenguaje tiene su origen en la carencia, en la búsqueda del otro, en el reconocimiento de la soledad, de la muerte, del ser o no ser. La madre en la interacción estrecha con el niño aporta la comunidad lingüística, el avvenimiento o primera forma de relación va asociándose con un complejo acústico, en un principio gestual y sonoro, que poco a poco se va simbolizando, es decir, separándolo de la acción.

"El niño que mamó del pecho de su madre, reemplaza esto introyectando una nueva sustancia, los sonidos que ella emite. Además ello permite al niño repetir activamente esta vieja y pasiva gratificación. Sustituye la pasividad y el apego por la madre por la actividad y la identificación de ella a través del lenguaje... El habla es un medio para conectarse con la madre y al mismo tiempo separarse de ella... La pasividad y satisfacción que significa ma... se asocia con la insatisfacción porque ella misma falta".

(Lorenzer 1973, 62)

Durante el proceso de socialización la madre proyecta los valores, experiencias y frustraciones de su propia historia de integración cultural. La diáda madre e hijo es la primera mediación cultural del individuo, durante la cual, la madre transmite, una clase social en una formación social específica.

"Con la socialización, la madre transmite las normas que ella recibió refractadas por su apropiación biográfica."

(Lorenzer 1973, 44)

La adquisición del lenguaje presupone experiencias concretas moldeadas en la relación triádica con los padres, en primer término se construye totalmente asociado a las vivencias, pero poco a poco se convierte en una expresión simbólica y objetiva. La sociedad, la tradición, las estructuras de sentido y significaciones son expresadas en el lenguaje. Con el lenguaje el niño interioriza las normas sociales, normas que en principio hacen referencia a una vivencia específica, --mi mamá no le gusta que yo derrame la sopa-- (Berger, Luckman). "Las estructuras de sentido de la vida cotidiana, del mundo, de la naturaleza y de la sociedad son expresados e indicados en el lenguaje." (Shutz, 242).

La socialización implica aprender a vivir la cotidianidad, en el ámbito de la reproducción, significa que el niño se forma en todas las habilidades imprescindibles para lo cotidiano y solo se convierte en adulto, cuando es capaz de vivirla por sí mismo. Socializarse conlleva adoptar un saber inmediatista, pragmático, mecanizar una serie de comportamientos y roles ya establecidos en la tradición, por las costumbres. Pero socialización significa al mismo tiempo la comprensión de conocimientos complejizados, resultantes del desarrollo técnico y científico de la sociedad. Involucra este proceso la integración con una cultura cambiante, histórica y aprender a estar en la historia.

El proceso de socialización se desenvuelve en una realidad social objetiva, objetivizada en instituciones sociales que contienen sus propias leyes de funcionamiento, leyes independientes de la voluntad de los individuos. Es decir el mundo está dado para el sujeto y él debe aprender a desenvolverse en él, como condición sine qua-non para su existencia social. El proceso de socialización es el puente entre la realidad objetiva y el individuo mismo, a través del cual se objetiviza, se encuentra en la sociedad.

Se aceptan y comprenden particularidades como el género o la raza, se trata de interpretar esa sociedad, con mitos, leyendas, religiones o teorías. Al mismo tiempo el individuo se subjetiviza, se convierte en un sujeto, con su propia historia única, particular, irrepetible e intransferible.

"Las significatividades subjetivas de la situación actual del adulto normal dependen de elementos sociales dados, pero las interpretaciones y motivos que han sido socializados en la biografía cumplen una función decisiva en cuanto a dominar y determinar la situación."

(Shutz, 247).

Si bien el hombre nace en un mundo ya hecho, donde los individuos cumplen roles estereotipados, de acuerdo a una división social y sexual del trabajo, el proceso de socialización dista de ser una repetición mecánica de la tradición y del pasado. Está afectado por múltiples cambios de la sociedad, por la manera como las instituciones socializadoras se insertan en la misma, por procesos históricos y sociales complejos.

Es en la familia donde se vivencian los procesos primarios de socialización, de manera que cuando se hace referencia a la formación de identidad, se toca inevitablemente la dinámica familiar, la interacción triádica entre el padre, la madre y el hijo, base para adquirir la identidad primaria y sexual.

Por ser la familia una institución donde nos encontramos inmersos incluso desde antes de nacer, tendemos a idealizarla, como lo planteaba el maestro Estanislao Zuleta. "El matrimonio, es al mismo tiempo el lugar de la tragedia, de la esperanza, de la horrible mentira cotidiana y de la paz idealizada, el nido y el infierno. Pero es al mismo tiempo un infierno por ser la aspiración de un nido." (1984). Con una visión religiosa se ha creado un modelo de una institución carente de conflictos, donde reina la armonía, la paz, virtuosa por naturaleza e inmodificable en su dinámica, en nuestra sociedad la idealización de la familia contiene el modelo del Cristianismo.

La familia reproduce tradiciones valorativas ancestrales, pero al mismo tiempo genera cambios culturales, contiene una dinámica histórica propia porque es a la vez dependiente e independiente de la coyuntura social.

LA DINÁMICA DEL PROCESO SOCIALIZADOR EN COLOMBIA

Durante las últimas décadas, la familia ha sido receptora y agente de los múltiples cambios sociales y culturales. Fenómenos como la urbanización, el descenso de la mortalidad infantil con el consecuente aumento de la esperanza de vida al nacer, la reducción de la fecundidad, el incremento de las separaciones conyugales, manifiestan una situación cuya dinámica apenas comienza a comprenderse. Una de las manifestaciones más importantes de dichos cambios tiene que ver con la situación de la mujer, al iniciarse en el país una revolución cultural entre los sexos. Esta comienza a alcanzar altos niveles de educación, demanda nuevos trabajos y se desplaza del hogar para cumplirlos, empieza a ser el eje de la participación comunitaria y a incidir en la vida política y cultural.

Si bien, profundizar en los fenómenos señalados dista de ser el objeto de esta ponencia se hace necesario tener en cuenta que inciden y manifiestan los cambios en la función socializadora de la familia. El estudio de los procesos de socialización con base en las historias de vida de las mujeres y niños de los sectores populares, ofrece elementos para proponer como hipótesis central en esta ponencia, la transición de los procesos socializadores. La modalidad de la socialización que se observa entre la

población hoy adulta, de origen rural, de estrato socio-económico bajo la hemos denominado como **socialización para el sufrimiento**. Caracterizada por una concepción acerca del niño como ser con inclinaciones perversas, que inspira una práctica educativa autocrática, fundamentada en el castigo, la represión de la sexualidad, la coacción para el trabajo desde edades muy tempranas, la prohibición del juego y una actitud de los padres severa, distante, sumada a restricciones en la expresión afectiva. De la socialización con estas características, se evoluciona hacia formas contradictorias, paradójicas, que de una u otra manera dejan entrever en las actitudes y comportamientos de los padres otras concepciones sobre el niño, que lindan desde la creencia en su naturaleza bondadosa, la culpabilización ante el castigo y de manera compulsiva concebir el futuro del hijo sin sufrimientos, tratando de negar su propia infancia. Los procesos actuales de socialización no dejan de estar también caracterizados en muchos casos por el abandono, en especial de las funciones paternas y una pérdida de la función socializadora de la familia.⁽¹⁾

LA SOCIALIZACIÓN PARA EL SUFRIMIENTO

Mi papá nos decía estos chinos, hijueputas, malparidos, hijuepelones, vagabundos que no más comen... La relación afectiva era muy poca porque anteriormente no le enseñaban a uno afectos, sino eran órdenes y juete, teníamos que trabajar y hacer oficio como una orden, nunca teníamos derecho a que la mamá se sentara a consentimos y decimos las palabras como ahora, que el afecto reina en todos los hogares, antes uno crecía sin amor absoluto... Desde que yo me acuerdo a la edad de 7 años o antes, teníamos que cargar el agua a las costillas sin un tinto, se nos clavaban espinas así de esas que se llamaban espinas cabra...

Lucila, 49 años, de origen santandereano, ahora en Bogotá.

Las historias de vida de las mujeres de los sectores populares de Bogotá contienen rasgos comunes en el proceso de socialización que vivieron, a pesar de la diversidad regional de donde son oriundas. Se ha caracterizado ese proceso como de socialización para el sufrimiento, por los factores ya anotados; cuya especificidad ilustraremos a continuación.

Se desenvuelve dicha dinámica socializadora en una estructura familiar de tipo patriarcal, es decir, centrada en la autoridad masculina, así con frecuencia el padre esté ausente del hogar. El maltrato físico intenso y constante se presentaba en el 90% de los relatos, como el principal medio para obtener obediencia y sumisión de los hijos. Se describen modalidades diversas desde el castigo del ahumado, que consiste en colgar al niño de una viga y prender candela por debajo, los golpes con palos de espinas, con pencas de fique, con varillas, con el revés de la peinilla, depositarlos en una pila de agua y simular el ahogo, hasta otros asociados con el oficio doméstico como quemar las manos en la estufa porque no sabe hacer las arepas o tomarse el agua de la ropa lavada. La violencia familiar la reproducen el esposo hacia su compañera, los padres hacia la prole, el hermano mayor hacia el menor y en general del fuerte hacia el débil, generándose un cúmulo de agresiones hacia las niñas que tiene como resultado la formación de una personalidad agresiva, temerosa, y convencida de que la violencia es la única alternativa para establecer relaciones con los otros. Esta modalidad educativa corresponde a un reconocimiento del niño como un ser con inclinaciones perversas, apreciándose la bondad paterna en la medida que se corrigen con violencia comportamientos negativos del niño como jugar y no trabajar, relacionarse con otros niños, o simplemente porque se siente el deseo de agredir o se está embriagado. El maltrato en la familia ha sido una tradición cultural católica, como se planteaba en un manual de educación pública al principio de este siglo: "Nos dice el Espíritu Santo un hijo abandonado así mismo se hace indolente... Dóblele el cerviz en la mocedad y dale con una vara en las costillas mientras es niño, no sea que se endurezca y te niegue la obediencia lo que causará dolor en

su alma... el que ame a su hijo lo hace sentir a menudo el azote o el castigo para hallar en él al final su consuelo... Tienes hijos adóctfnalos y dómales desde la niñez." (Muñoz, 1991).

Sumado al castigo las mujeres de sectores populares manifiestan haber recibido muy pocas caricias, sus progenitores inhiben la expresión de afecto hacia los hijos, para no perder así la autoridad, prevaleciendo en ellas sensaciones de temor, abandono, baja autoestima e inseguridad.

El trabajo fue el acontecimiento prevaleciente de su infancia, limitando el tiempo para el juego, y la participación escolar de estas niñas. Sujetas a una rígida división sexual del trabajo realizaban desde muy pequeñas oficios domésticos, asumiendo responsabilidades precoces. Así mismo de acuerdo a la actividad principal de la familia efectúan labores agrícolas o pecuarias cuando la familia era de origen campesino y trabajos artesanales, ventas ambulantes si vive en la ciudad.

El juego era una actividad prohibida por los padres y las tres cuartas partes de las mujeres jugaron muy poco delante de ellos, ya que era considerado como una actividad pecaminosa y una pérdida de tiempo. No obstante las campesinas relatan juegos con elementos de la naturaleza, elaboración de juguetes imaginarios con hojas, piedras o palos de los árboles, mientras las de la ciudad anotan algunos juegos en el barrio, junto con un cúmulo de restricciones como consecuencia de limitaciones del espacio. En ambos casos no se practicaba la compra de juguetes, ni se usaban los regalos especiales a los niños en navidades o cumpleaños.

La formación de la sexualidad de la niña manifiesta de una manera más drástica aún el proceso de socialización para el sufrimiento. Múltiples actitudes de los padres se dirigen a esconder el cuerpo infantil, a que sientan como vergonzosos o impúdicos los órganos genitales y a negar la existencia de la sexualidad en la infancia. Como consecuencia de esa falta de expresividad en los afectos las niñas aprenden a reprimir los suyos, a vivir con la culpa o como si fuera pecado cualquier sensación placentera. La exploración de sus genitales o las preguntas en torno a la procreación se reprimen en la misma actitud de las madres, al guardar en reserva y silencio cualquier manifestación de su sexualidad. Cuando se trata del suceso de la menstruación se evidencia más enfáticamente dichas conductas: Fue un hecho desconocido por la mayoría de las adolescentes hasta el momento de sentirse manchadas, en condiciones muy penosas o inoportunas, sintieron miedo, creyéndose reventadas por dentro o realmente enferma como se califica dicha situación. Otros adultos fueron quienes les explicaron que la sangre es "impura" vergonzosa o denigrante, por lo cual debían llevar la menstruación en silencio o ocultándose. Complementan los temores por la menstruación, el miedo y la desconfianza hacia los hombres, sin ninguna explicación acerca del acto sexual aparece un agresor que tiene la facultad de dejarlas en embarazo. Esta rigidez en el control de la sexualidad femenina contrasta con múltiples experiencias narradas acerca de la forma como fueron objeto de juegos y abuso sexual, a la violación de parte de familiares o inquilinos, sin poder comunicarse con la madre por temor al castigo.

LA TRANSICIÓN DE FORMAS SOCIALIZADORAS

"Cuando la niña era pequeña yo le pegaba muy feo y la gente me decía que no le pegara así... Es una rabia que uno no sabe porque... Una vez le mandé un cepillo y le rompí la cabeza, uno tiene mucha rabia porque así lo trataban a uno... Cuando le rompí la cabeza me angustié mucho, me provocaba como matarme, por eso dejé de pegarle."

(Leonor, de 32 años, de Bogotá)

Como se ha sustentado, el proceso de socialización cambia y se ajusta a la dinámica social, variando la actitud de los padres respecto a los hijos y la imagen del adulto acerca de la infancia. Sin embargo cabe enunciar que aún falta por realizar múltiples estudios para profundizar y precisar dichas variaciones pues adquieren dinámicas distintas por clases sociales, contextos espaciales y culturales. En esta ponencia me referiré a los cambios en las actitudes religiosas que han incidido en otra visión acerca de la familia y la relación de pareja, en cierta pérdida de la capacidad socializadora de la familia, en la sobrecarga de funciones socializadoras en la mujer y en cierta tendencia a reconocer los derechos del niño que se observa en el discurso de las mujeres de los sectores populares...

EL PROCESO DE SECULARIZACIÓN

Durante las últimas décadas en Colombia se presenta un intenso proceso de secularización de la dinámica familiar, entendido como el paso de una vivencia religiosa acerca de los comportamientos en el grupo familiar y de la dinámica de las relaciones entre los sexos, a una concepción laica sobre la cotidianidad. La tradición heredada de los españoles correspondía a un modelo de familia propio de la religión Católica: "La familia ideal era grande y fecunda, con una estructura patriarcal y alta valoración por la prole. Como se señalaba en un texto de educación pedagógica en el principio de siglo: ". El representante de Dios en la sociedad familiar era el padre, a cuyo mando ha sido confiada como piloto de esa nave que está encargado de conducir a través del mar de la vida, al puerto de la Eternidad." (Muñoz y Pachón, 1991). Así lo planteaba Santo Tomás en el Siglo XVI: "El hombre es la cabeza de la mujer, del mismo modo que Cristo es la cabeza del hombre, ... es un hecho que la mujer está destinada a vivir bajo la autoridad del hombre y que no tiene ninguna autoridad por sí misma;" (Beauvoir, Simone, 1981, 121). El matrimonio era considerado un vínculo indisoluble, elevado a nivel del sacramento y eterno, de manera que no podía ser disuelto sino por voluntad divina, por la muerte de alguno de los cónyuges.

La esposa es considerada por la religión como la guarda del hogar, en medio de una fuerte división sexual del trabajo. El trabajo femenino lejos del hogar y el ejercicio de una vida ciudadana han sido considerados pecaminosos y violatorios del vínculo sagrado del hogar. El matrimonio, sacramento eterno, simbolizaba la unión de Dios con los hombres y sólo podría estar disuelto por voluntad divina, es decir, por la muerte de alguno de los cónyuges. La relación entre los sexos oscila en una visión dual acerca de la mujer, persistiendo dos modelos femeninos: el de la Virgen, reina del hogar, esposa y madre de los hijos y el de la mujer mala, pecadora, fuente de placer, deseada y temida por sus hechizos y capacidad de generar placer. Como tentación se refiere Tertuliano Padre de la Iglesia del siglo XV: "Mujer eres la puerta del diablo... Has persuadido a aquel a quien el diablo no se atrevería a atacar de frente. Por tu culpa tuvo que morir el hijo de Dios; deberías estar vestida siempre de duelo y harapos." (Beauvoir, Simone, 121).

El acto sexual de la pareja matrimonial se dirigía a la procreación y los hijos se engendraban como consecuencia de la voluntad divina, dependiendo de Dios el nacimiento o la muerte, mientras se condenaba el control del número de hijos. Hombres y mujeres, giraban su vida en torno a la práctica religiosa, y el confesor entraba en la intimidad de los individuos, controlando sus actuaciones, culpabilizándolos ante el placer... Cuando se alteraban las costumbres familiares con un divorcio, o un matrimonio no católico, la autoridad religiosa divulgaba dicha actuación, la proscribía y excomulgaba públicamente a quien cometía la falta, alcanzando el rechazo de la comunidad hacia el hereje.

El proceso de secularización actual, está siendo indicado en el descenso de la fecundidad como consecuencia del uso de anticonceptivos, en el considerable aumento de las separaciones conyugales

y de las uniones de hecho. A pesar de que la dinámica del cambio cultural es lenta y difícil de estudiar, se verifican nuevos valores culturales respecto a la conformación de la familia. Las parejas que deciden separarse y romper el vínculo matrimonial demandan el derecho al divorcio. Expresa este fenómeno, el comportamiento de la Asamblea Nacional Constituyente al dar paso a la legitimación de las separaciones conyugales para los matrimonios católicos y recomendar la protección de la familia de hecho.

Por otra parte, la masiva integración de la mujer al mercado de trabajo y el mejoramiento del nivel educativo, sientan las bases para un cambio inicial en los roles tradicionales. Estas variaciones podrían incidir en un rompimiento de la dicotomía entre la Virgen María y la Eva pecadora. La pareja ahora planifica el número de hijos y adopta una racionalidad distinta acerca de la procreación. Su decisión prima incluso en contravía con las disposiciones de la Iglesia. Se separa el placer de la procreación y el cuerpo femenino comienza a ser valorado por ella como fuente de placer. Cuando se planifica el hijo se construye un proyecto de vida acerca de él. Se racionaliza el proceso de socialización, el hijo producto de la razón y de la emoción se convierte en un objeto de satisfacción de las carencias de los adultos. El niño comienza a ser un personaje central para la sociedad y a su alrededor se tejen todo tipo de esperanzas. Comienzan a jugar una función ideológica en la vida familiar y en la relación paterna o materna, elementos del conocimiento provenientes de las ciencias sociales, de la medicina, de la biología, de los mensajes de los medios masivos de comunicación o de los eventos de capacitación al respecto realizados por instituciones del Estado.

Se observa una pérdida de liderazgo sacerdotal en las familias. Fenómeno que fue verificado en el estudio sobre las historias de vida de las mujeres de los sectores populares, porque la mayoría declaraban su desconfianza a la autoridad religiosa y aunque se sentían creyentes, asumían una práctica religiosa sin una presencia activa en la iglesia.

LA PÉRDIDA DE LA FUNCIÓN SOCIALIZADORA DE LA FAMILIA

En un estudio reciente acerca de la juventud, Rodrigo Parra Sandoval planteaba la hipótesis sobre la pérdida de la capacidad socializadora de la familia como producto del proceso de migración del campo a la ciudad y el desnivel educativo entre padres e hijos. (Parra, 1984).

En el caso de las ciudades el cambio del proceso de socialización se produce en medio de una transición del contexto socioespacial de quienes son los agentes socializadores. Los padres vivieron la infancia en el sector rural, encontrándose intensamente influidos por esa cultura, mientras que los hijos son urbanos, fruto de un contexto diferente. Estos últimos deben identificarse con figuras que encarnan una cultura rural negada por la urbana y esto debilita la autoridad paterna en el proceso de socialización.

Otro factor que altera de manera profunda el proceso socializador, es la brecha del nivel educativo entre hijos y padres. La nueva generación alcanza una educación formal relativamente más alta si se compara con la anterior y para el caso de los sectores populares estos quedaron con la primaria incompleta o analfabetas. El desnivel produce diferencias sustanciales en la concepción del tiempo, en el manejo de categorías simbólicas, en la explicación de la misma cotidianidad e incluso en el proceso de comunicación entre las dos generaciones.

Se suma a la situación presentada el escaso tiempo de los padres para compartir con sus hijos la cotidianidad, ya que entre las clases medias y bajas, su vida gira en torno a la necesidad de reproducirse y alcanzar los ingresos necesarios para su subsistencia. Por otra parte el aumento de la participación

de la mujer en el mercado laboral, la ha sobrecargado de funciones, sin que exista en el padre aún una mentalidad dirigida a asumir de manera colectiva las tareas hogareñas. En el estudio ya citado sobre el tiempo libre del niño se concluyó que el 90% de los padres trabajaban fuera del hogar en jornadas de 14 horas diarias, mientras el 48% de las madres también laboraban en zonas distantes a su familia con un promedio de 11 horas al día, si se suma el transporte a la jornada laboral. El oficio doméstico era asumido por ellas al regreso al hogar o por sus hijas.

La pérdida de la capacidad socializadora de la familia se hace más relevante en el caso de los hogares con jefatura femenina, que constituyen entre el 25% y el 23% de los estratos bajos urbanos. (CEDE, 1991). En estos la mujer permanece sobrecargada de funciones, realizando al mismo tiempo las tareas de socializadora y providente, sin contar con el apoyo de los padres de sus hijos. La mayoría de estos hogares no se forman como consecuencia de una opción libre de la mujer, son más bien, consecuencia del madresolterismo, de un patrón cultural que protege la poligamia, de la viudez, del abandono de las funciones paternas, entre otros factores. Van concentrándose en ellos los más altos niveles de pobreza, de frustración y dificultades lo que impulsa a la constitución de nuevas uniones y de familias complejas, en las que el madrazo o el padrazo generan innumerables conflictos.

Otra manifestación de la pérdida de la capacidad socializadora de la familia se expresa en la función activa que está cumpliendo la televisión en la infancia, como se observa en el estudio ya citado acerca del tiempo libre de los niños de los sectores populares de Bogotá. Ver televisión constituía la principal actividad recreativa de los menores de 7 a 12 años, con promedios de 5 a 6 horas los fines de semana y de 3 durante las jornadas escolares. La televisión genera un efecto dual en el niño: le mantiene informado, pero al mismo tiempo le crea múltiples valores y mitos que chocan con su cotidianidad. Le socializa para el consumo, por medio de la publicidad se le generan expectativas por el consumo de mercancías imposibles de adquirir con sus escasos recursos económicos. Fue sorprendente concluir también que al interrogarse a los menores acerca de sus personajes favoritos o de sus expectativas cuando fueran adultos, se respondió en primera instancia por las figuras de la televisión o por los deportistas famosos. Los niños por figuras agresivas o violentas producto de las series de acción, las niñas por los personajes de las novelas románticas. Las profesiones paternas o maternas se encontraban en un lugar secundario.

HACIA UNA DEMOCRATIZACIÓN DE LAS RELACIONES FAMILIARES

Si se comparan los rasgos de la socialización para el sufrimiento con el pensamiento actual de los padres respecto a la formación de los hijos, se comienza a vislumbrar un intento de cambio respecto a su propia experiencia. Se generan unos comportamientos bien paradójicos: por una parte de manera inconsciente tienden a reproducir su propia infancia, pero al mismo tiempo no comparten dichos comportamientos, llenándose de culpas, de dudas o titubeos en el momento de ejercer la autoridad. Refiriéndose a sus hijos las madres, que fueron socializadas para el sufrimiento hacían las siguientes afirmaciones: "No quiero que sufran como a mí me tocó... Tengo unos hijos que son lo que tanto soñé... "Aspiro a que no le pase lo de nosotros: andar con la mente cerrada". "Todo lo que gano me lo gasto en ellos"... Quiero que estudien para que sean algo"... "Yo no los castigo igual, porque los tiempos han cambiado, ya no tiene uno el corazón de darles como le daban a uno antes".

La actitud compensatoria de las madres se percibe cuando declaran sobre sus aspiraciones en el futuro: La mayoría de las mujeres de los sectores populares proyectan su vida en torno a la de sus hijos, aspirando a que estos alcancen un nivel educativo superior y un ascenso social, logren un hogar con recursos y características diferentes a los de ellas. No se fijaban un proyecto centrado en sí mismas como personas, demostrando en su práctica vital, una entrega incondicional a sus hijos. El interés por

el estudio de estos, provoca que la madre construya su cotidianidad en torno a esta meta, así sus padres cuando ellas eran niñas le dieran prioridad al trabajo.

Cuando se trata de imponer la autoridad, los padres se convierten en seres titubeantes y culposos, oscilando entre una educación agresiva de manera inconsciente asimilada en su infancia y una influencia ambiental de rechazo al maltrato, buscando así otras alternativas educativas. Se manifiesta en el discurso la necesidad de una comunicación y un diálogo, pero son poco expresivos como consecuencia de la historia vital. Persiste también una mayor tolerancia hacia el tiempo libre de sus hijos, una actitud positiva hacia el juego por ser esta una alternativa necesaria a su proceso educativo, pero por haber recibido tantas restricciones al respecto durante su proceso socializador, muy poco juegan con ellos.

Por otra parte, ahora el niño se constituye en un personaje central para la celebración de ciertos eventos: Las fiestas de la infancia, la navidad o el cumpleaños, siendo estos objeto de regalos a pesar de las restricciones económicas.

Por último en torno a la sexualidad las madres declaran la necesidad de comunicarse con los hijos, pero sienten temor de expresarse y solicitan a los maestros que emprendan esas tareas con sus alumnos.

En esta época tan contradictoria, en la cual el escepticismo debido a la oleada de violencia comienza a resquebrajarse por los avances de nuevos pactos sociales, vale la pena dar una mirada optimista a los cambios silenciosos que se están llevando a cabo, al reconocerse los derechos del niño en el lugar más íntimo de la cotidianidad, de los primeros pasos que dan los sectores populares para romper con la socialización para el sufrimiento, el abandono y la indiferencia. Son estas actitudes que van incidiendo en la construcción de una sociedad menos violenta. Mientras que la socialización para el sufrimiento constituye una base para el conformismo, la dominación y la subordinación el predominio de la fuerza sobre la razón gestando un temor que inmoviliza; una democratización del proceso socializador permitirá ir rompiendo algunas redes imperceptibles que sustentan la violencia, mediante la tolerancia, el diálogo y el respeto al otro.

-
1. Esta hipótesis se fundamenta en dos investigaciones realizadas entre 1987-1990: La primera elaborada con la trabajadora social y profesora de la Universidad Nacional Juanita Barreto. Es un estudio de historias de vida de mujeres de los sectores populares de Bogotá --madres comunitarias en 1988--. La segunda, una investigación sobre el uso del tiempo libre del niño de los sectores populares, realizada en 1989 en cinco barrios populares de Bogotá.

BIBLIOGRAFÍA

- Badinter, Elizabeth.** ¿Existe el Amor Maternal? Ed. Paidós. 1981.
- Barreto, Juanita, Puyana Yolanda.** La socialización de mujeres de sectores populares urbanos. En: Maguaré. Depto. de Antropología. Univ. Nacional. # 6-7. 1988-1991.
- Berger, Peter, y Luckman, Thomas.** La Construcción social de la realidad. Amorrortu Editores. Buenos Aires. 1979.
- Beauvoir, Simone.** El Segundo Sexo. Siglo XXI. Buenos Aires.
- Benedeck, Theresa.** La Estructura emocional de la Familia. Ed. Alianza. Madrid. 1968.
- Gutiérrez de Pineda, Virginia.** El Gamín, su albergue social y su familia. I.C.B.F.-UNICEF. 1983.
- Lorenzer, Alfred.** Bases para una teoría de la socialización. Amorrortu. Ed. Buenos Aires. 1973.
- Muñoz, Cecilia, Pachón Ximena.** Historia de la Infancia. 1900-1989. Informe de Investigación. 1988.
- Parra Sandoval, Rodrigo.** Ausencia de Futuro. Ed. Plaza y Janés. 1983.
- Puyana, Yolanda.** El Tiempo Libre del Niño de los sectores populares. CRESSET. COLCIENCIAS. 1990.
- Ramírez, María Imelda.** Casos de Violencia Intrafamiliar. Informe de Investigación Univ. Nac. 1986.
- Salazar, María Cristina.** El joven y el niño trabajador. Ed. Tercer Mundo. 1988.
- Zuleta, Estanislao.** El Pensamiento Psicoanalítico. Ed. Espejo. 1985. Bogotá.